



Lope de Vega

# **David perseguido y montes de Gelboe**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lope de Vega

## David perseguido y montes de Gelboe

Personas que hablan en ella:

DAVID.  
JONATÁS.  
ABNER.  
SAÚL, REY.  
NAVAL CARMELO.  
ABIGAIL.  
MEROB.  
ABISAÍ.  
CÉFORA.  
ZAQUEO.  
VEJETE.  
MÚSICOS.

Jornada primera

Salen ZAQUEO y el VEJETE, cada uno por su parte. Tocan dentro música, y clarines a la otra parte.

VEJETE. ¡Ah, gentil hombre!

ZAQUEO. Eso es,  
llamarme gentil a mí,  
y yo judío nací  
de la cabeza a los pies.

VEJETE. ¿Y de qué tribu es, amigo,  
si admite conversación?

ZAQUEO. Mi tribu es tribulación  
en riñendo alguien conmigo.

VEJETE. Pues díganos sin reñir.

ZAQUEO. Cosa es que me está muy bien.

VEJETE. ¿Quién causa en Jerusalén  
las fiestas que llevo a oír?

ZAQUEO. Sin duda eres peregrino,  
pues la causa me preguntas  
de haber tantas fiestas juntas.

VEJETE. Vengo ahora de camino.

ZAQUEO. Y vendrás muy bien cansado.

VEJETE. Y vengo muy bien curioso.

ZAQUEO. El vejezuelo es gracioso:

déjame muy obligado  
a darte una relación,  
pues mereces preguntar;  
aunque esto del informar  
nunca es bueno de ramplón;  
es David, por gran ventura,  
quien causa estas alegrías.

VEJETE. ¿No es el que mató a Golías?

ZAQUEO. Oigan, que sabe escritura:

viene ahora vencedor  
de idólatras filisteos,  
y así todos los hebreos,  
y yo con ser el peor,  
que le hemos hecho, verás,  
mil honras por esta hazaña;  
el rey Saúl le acompaña,  
y el príncipe Jonatás  
con su corte, y las más bellas  
damas de Jerusalén,  
pues le acompañan también  
más de ochenta mil doncellas.

VEJETE. ¡Muchas son!

ZAQUEO. Pues no te asombres,  
aunque admirarte podías,  
porque como son judías,  
tiénenles miedo a los hombres.

Ya a Palacio hemos llegado,  
y verás la fiesta bien.

Música.

VEJETE. Pues vine a Jerusalén  
en día tan celebrado,  
que no me vuelva es razón  
a nuestro Monte Carmelo,  
sin ver al que guarda el cielo  
para gloria de Sión.

Salen MEROB, hija del REY, JONATÁS, el rey SAÚL de barba, DAVID y las mujeres  
echando flores y cantando la música.

Música.

Si Saúl triunfó de mil,  
de diez mil triunfó David:  
del tribu escogido  
de Judá salió  
David, que libró  
al pueblo afligido:  
pues ha merecido  
sagrado laurel,  
cántele Israel  
la gala a David:  
si Saúl triunfó de mil,  
David mató a diez mil.

SAÚL. La aclamación popular,  
en sus alabanzas ciega,  
a tan grande extremo llega,  
que aun yo la vengo a envidiar.  
(¿Victorias pudo alcanzar     Aparte.  
de los que yo no vencí?  
El pueblo lo canta así;  
y aunque en mi servicio ha sido,  
la envidia de que ha vencido  
es la que me vence a mí.)

DAVID. No es esta victoria mía,  
señor: el alma lo entiende,  
no es la espada la que ofende;  
sino el brazo que la guía:  
el vuestro es el que vencía;  
de vos procedió mi aliento;  
porque el idólatra atento,  
acabe de conocer,  
que Dios le pudo vencer  
con tan humilde instrumento.

JONATÁS. ¿David?

DAVID. Jonatás, señor,  
Príncipe a quien dan los cielos  
las dichas que has merecido;  
por hechura me confieso  
del Rey mi señor, que viva,  
aunque eres tú su heredero,  
tan larga edad, que Israel  
te dé la corona y cetro  
de más edad que tu padre:  
porque él gobierne su pueblo,  
contando en los años siglos  
coronado de trofeos.

JONATÁS. Alcánceme a mí la muerte  
primero que deje el reino  
mi padre; y tú, más famoso  
que cuantos caudillos dieron  
triumfos al pueblo de Dios,  
dilata a par de los tiempos  
tu dichosa edad, y veas,  
por bien de los siglos nuestros,  
que tu nombre se eterniza,  
no en bronces, que se mintieron  
firmes en la última línea  
de los humanos sucesos;  
no en mármoles, que caducan  
con los resabios de térreos  
en la rebelde tarea  
de los días: en los cielos  
mire el sol tu nombre escrito,  
siendo caracteres bellos  
esas imágenes puras  
que diamantes compusieron;  
porque lo eterno y luciente  
sirva a su fama de espejo.  
Ya sabes que soy tu amigo,  
David, y siempre he de serlo  
con fe inviolable, hasta que  
se cubra en mortales velos  
la vida.

SAÚL. (Si no lo estorban      Aparte.  
las venganzas que prevengo;  
que si David no me ofende;  
de sus victorias me ofendo,  
que mezcladas con la envidia,  
las juzga el alma venenos.)

DAVID. Si faltare a la lealtad,  
que al Rey mi señor le debo,  
si al amor con que me estimas  
negare humildes respetos,  
permita el Dios de Abraham,  
que de los bárbaros hierros  
de los mismos que he vencido  
muera atravesado el pecho,  
y el campo en mi sangre tinto  
me dé infeliz monumento.

SAÚL. Lo que mereces conozco,  
y lo mucho que te debo.

JONATÁS. Pues, señor, dale a Merob  
mi hermana, pues la ofrecieron

tus promesas cuando estaba  
tu corona en tanto riesgo,  
y por David se confiesa  
libre de opresión tu Imperio.

MEROB. (No seré yo tan feliz,  
que le merezca por dueño.)      Aparte.

SAÚL. Yo la prometí, es verdad;  
mas, Jonatás, aún no es tiempo.

JONATÁS. Si es que por ser la mayor  
te excusas, humildes ruegos  
puedan contigo: Micol,  
mi segunda hermana, es premio  
de los triunfos de David.

SAÚL. Yo cumpliré sus deseos:  
y ahora, Príncipe, basta  
ver las honras que le he hecho.  
Ya es capitán de mi guardia;  
ya, como ves, le prefiero  
a los Príncipes mayores  
de mi corte, pues yo mismo,  
para que el pueblo le aclame  
con festivos instrumentos,  
le he salido a recibir.

DAVID. Gran señor, tus plantas beso  
por las honras que recibo.

ZAQUEO. Si faltan las de Zaqueo,  
las del pueblo importa un higo.  
Ya sabes que me entretengo  
sirviendo al Rey en Palacio,  
siendo mis chistes honestos,  
porque la descompostura,  
ni es donaire, ni es ingenio.

Clarín. Sale ABISAÍ.

ABISAÍ. Tu Capitán general  
Abner, Príncipe supremo  
de la Milicia, ha venido.

SAÚL. Llegue; que verle deseo.

VEJETE. Pues hemos visto la fiesta,  
no es bien que perdamos tiempo,  
ya que mi ama Abigail  
se ha detenido, creyendo  
llegar temprano.

Vase, y sale ABNER.

ABNER.            Señor,  
pues las honras que le has hecho  
a David, sus glorias cantan,  
solo te diré, que habiendo  
marchado en socorro suyo  
con los caballos ligeros,  
llegué a las frescas orillas  
del Jordán, cuyos revueltos  
cristales habían trocado  
en púrpura sus espejos;  
y entre la manchada hierba  
de su margen, tantos cuerpos,  
que a ser todo sangre el río,  
aun fuera el número menos.  
Mas como en ellos se vían  
heridas de tantos hierros,  
eran de su misma sangre  
vivas esponjas los muertos.  
El socorro que llevaba,  
vino a ser socorro nuestro,  
pues dejó a mi gente rica  
con lo que olvidaban ellos.  
Solo David, solo él pudo  
meter en batalla el riesgo,  
y de ella sacó en despojos  
la gloria del vencimiento;  
que no ha habido capitán  
de cuanto caudillo hebreo  
triunfó en el pueblo de Dios,  
aunque es la envidia su opuesto,  
que igualar pueda a David,  
asombro del Filisteo,  
rayo del Amalecita,  
como idólatra soberbio;  
firme blasón de tus armas,  
claro esplendor de tu Imperio,  
fama inmortal de tu nombre,  
pues deja tu nombre impreso  
en láminas de los siglos  
hasta que se pare el tiempo.

SAÚL. De todo es merecedor,  
hasta Abner le aclama: ¡ah, cielos!  
(Ya es más dueño de Israel            Aparte.  
que yo, pues que yo le temo.  
David, entra a descansar,  
pues por honrarte, prevengo  
aposento en mi Palacio.)

DAVID. Te iré primero sirviendo  
hasta dejarte en tu cuarto.

SAÚL. Este es mi gusto.

DAVID. Más precio  
la obediencia, que alcanzar  
de un Rey los mayores premios.

JONATÁS. ¡Qué valeroso!

ABNER. ¡Qué humilde!  
En él juntaron los cielos,  
para ser amable al mundo,  
lo bizarro y lo modesto.

DAVID. Entra, Abisaí.

ABISAÍ. Señor,  
como mandas te obedezco.

MEROB. Guarden los cielos su vida  
al paso de mis deseos.

ZAQUEO. Yo le quiero acompañar,  
que me dará por lo menos,  
pues ya que no le aprovecha,  
la honda del Filisteo.

Cantan.

Vanse MEROB y las mujeres por una parte, DAVID, ABISAÍ y ZAQUEO por otra,  
haciendo reverencia al REY, y quedan el REY, JONATÁS y ABNER.

SAÚL. (¡Qué monstruo cría Israel      Aparte.

para infame vituperio  
de la corona que ciño!  
Ya está reventando el fuego,  
pues desde el pecho a los labios  
soy todo un mortal incendio.

¿Jonatás?)

JONATÁS. Señor, ¿qué mandas?

ABNER. Si me das licencia, quiero...

SAÚL. Espera, porque has de ser,  
con valor y con secreto,  
obediente ejecutor  
de mi justo mandamiento.

Príncipe, la obligación  
de ser tu padre, te quiero  
presentar para testigo  
de tu amor.

JONATÁS. Y que te debo  
lo que soy.

SAÚL. ¿Qué harás por mí?

JONATÁS. Perder la vida es lo menos.

SAÚL. ¿Y desearás que tu padre



se libre del grave peso  
de un cuidado?

JONATÁS. Todo es poco  
cuanto descubren los cielos  
para que vivas con gusto,  
si está en mi mano el tenerlo.

SAÚL. Pues yo, Jonatás, de todo  
humano gusto carezco.

ABNER. ¡Hay suspensión semejante!  
Alguna desdicha temo.

SAÚL. Aquel profeta de Dios,  
Samuel, me dijo severo:

«Si Dios te mandó por mí  
que al rey de Amalec, soberbio,  
con su reino destruyeras,  
sin dejarle en todo el reino  
piedra que cubrir pudiese  
los más humildes cimientos,  
¿cómo al Rey dejaste vivo?  
¿Cómo con tan vil provecho  
reservaste sus ganados?

Pues porque fuiste a los cielos  
inobediente, te digo

que Dios le dará a su pueblo  
un Rey, y varón tan justo,  
que venga a ser, en sus hechos,  
muy conforme al corazón  
de Dios.» Turbado y resuelto,

detener quise al profeta,  
si bien con poco respeto,  
pues al cogerle del manto  
le rompí por detenerlo,  
quedándoseme un pedazo  
en las manos; aun hoy tiemblo  
de lo que el profeta dijo,  
dejando al aire suspenso:

«Como tú me has dividido  
el manto, quiere el eterno  
Dios de Abraham dividir,  
ingrato Saúl, tu reino.»

ABNER. (Y desde entonces el Rey  
siente el espíritu fiero      Aparte.  
que le atormenta, y David  
le restituye el sosiego,  
cuando en sus melancolías  
toca el músico instrumento.  
Aquí hay misterios profundos,

mas son altos los misterios,  
que no puede penetrarlos  
el querubín más atento.)  
SAÚL. Pues tú no has de ser el Rey,  
aunque eres tú mi heredero,  
Jonatás, que el varón justo  
que dice el profeta, temo  
que es David; ¿pues tú tendrás  
tan cobarde sufrimiento,  
siendo la corona tuya,  
que un pastor (estoy ajeno  
de todo discurso), un hombre  
que si vive es por mi aliento,  
si vive honrado es por mí,  
y por mí le aclama el pueblo,  
¿permitirás que sea Rey,  
sin que te cueste primero  
la vida, y también la mía?  
Porque en tus ojos me alegro,  
en tu vista me regalo,  
y en tu salud me deleito.

Abrázanse.

JONATÁS. ¿Pues qué puedo hacer, señor?

Ya su voz estoy temiendo.

SAÚL. Darle muerte a David.

ABNER. ¡Hubo más feroz intento!

JONATÁS. ¡Cielos, es esto posible!

¿Cómo yo escucharle puedo  
sin morir de pena?

SAÚL. Hijo,

¿mi voz te deja suspenso?

¿Obedecerme no es

en ti doblado el precepto

por tu padre y por tu Rey?

JONATÁS. Y si es cruel mandamiento,

¿no será piedad también  
templar su injusto deseo?

No ultrajes la Majestad

con tiranías; si el Cielo

quiere que reine David,

el poder humano es sueño,

es polvo, es ceniza fría

para estorbar sus decretos.

ABNER. Si a un hombre que caminase  
por un áspero desierto,

y en la juventud del sol  
se le turbasen los cielos,  
muertas sus cambiantes luces  
entre pabellones negros,  
tocando al arma el asombro,  
siendo las cajas los truenos,  
formando rasgadas nubes  
campal batalla en el viento,  
y viese entre ardientes globos  
los abrasados efectos  
de los coronados montes  
caducamente soberbios,  
en cada peñasco un rayo,  
en cada tronco un incendio,  
y en el desierto que pisa  
tan sin humano remedio  
hallase un cedro oloroso,  
que invencible a tanto fuego  
supliese lo seguro  
del laurel, en cuyo ameno  
sitio a la sombra dichosa  
se librase a tanto riesgo,  
¿fuera bien que el hospedaje,  
dándole la vida el cedro,  
que se lo pagara ingrato,  
después de sereno el cielo,  
cortándole tronco y ramas  
con tan lastimoso ejemplo?  
SAÚL. ¡Vive el cielo, que mereces  
mortal castigo, por necio,  
pues lo inobediente encubres  
con máscara de consejo!  
ABNER. ¡Gran señor!  
JONATÁS. Con su lealtad  
disculpa su atrevimiento.  
SAÚL. Pues ya los dos os mostráis  
a mi gusto tan opuestos,  
lícito será que un Rey,  
sin que padezca defecto  
su autoridad, mate él mismo  
a un enemigo encubierto.  
Quedaos; que mi justo enojo  
llega ya hasta aborreceros.

Vase.

ABNER. Príncipe.

JONATÁS. Acompaña al Rey...

ABNER. Si mandó...

JONATÁS. Pierde el recelo,  
que la lealtad es más noble  
para vencer el precepto  
de su enojo en la obediencia.

ABNER. Guarden la vida los cielos  
a David, y yo peligre  
en lo terrible y lo fiero  
de las iras de tu padre.

JONATÁS. Y yo, aunque aventure el reino,  
le he de avisar que se guarde;  
que pues los cielos le han hecho  
tan dichoso, quiero ser  
el generoso instrumento  
de los decretos divinos,  
si tan alto bien merezco.

Vase cada uno por su parte.

Salen ABIGAIL, CÉFORA, de villanas, y ZAQUEO.

ABIGAIL. Esta es Jerusalén, este el dichoso  
Alcázar de Sión, albergue hermoso  
de tantos reyes; ¡oh ciudad bendita,  
en los cielos escrita  
con plumas de profetas!  
El Cielo admire a tu poder sujetas  
las provincias idólatras, que en tanto  
que con respeto santo  
en sagrados altares  
al Dios de los Ejércitos llamares,  
así lo dicen tantas profecías,  
cantarás alegrías,  
reinando vencedora.

CÉFORA. Abigail, señora,  
los triunfos de David, las glorias cantan  
de Israel, que levantan  
a los cielos su nombre soberano.

ZAQUEO. ¿Quién trajo a los palacios lo villano?  
Pero bien puede ser tanta hermosura  
dueño de otra mejor arquitectura;  
el Palacio del Sol es un pobrete;  
si no os da de aposento su retrete;  
mas bien sabe su cuento,  
que si os diera aposento,  
la luz perdiera, que los cielos dora,

y la una fuera el Sol, la otra la Aurora.  
Mas yo, por no abrasarme,  
quisiera acomodarme  
con los rayos menores,  
porque son los templados los mejores;  
y así, por más humildes arcaduces,  
me acomodo a la Aurora entre dos luces.

CÉFORA. ¡Qué mal humor que gasta!

ZAQUEO. ¿Es malo?

CÉFORA. Es frío.

ZAQUEO. Pues deme uno caliente, y tome el mío.

¿Qué buscáis, serranitas?

ABIGAIL. Ver queremos

el Palacio Rëal, ya que tenemos

franca licencia en tan alegre día.

ZAQUEO. Falta en esa licencia...

CÉFORA. ¿Qué?

ZAQUEO. La mía;

si bien a luz tan pura

mal se resiste la mayor clausura.

Yo soy el Cancerbero de esas puertas,

y las tendréis abiertas

a fe de buen judío;

y si queréis que os abra el pecho mío,

por dejaros a entrambas obligadas,

me daré dos lanzadas.

CÉFORA. ¡Qué terrible fineza!

ZAQUEO. Todo es poco;

si me enamoro, préciome de loco.

CÉFORA. ¿Y cuántas se habrá dado en esta vida?

ZAQUEO. Una lanzada tengo prometida

a cierta judihuela,

que por verme difunto se desvela;

pero yo, por no errarme en el ensayo,

quiero informarme donde cae el soslayo.

CÉFORA. ¡Qué poco miedo tiene!

ZAQUEO. ¡Bueno fuera

que en los soldados como yo lo hubiera!

¿No tienen ya noticia de Golías,

que nos libró de tantas agonías?

ABIGAIL. Y que fue una victoria celebrada.

ZAQUEO. ¿Supieron que murió de una pedrada

en el feroz combate,

y luego le cortaron el gazonate?

ABIGAIL. Grande ignorancia el no saberlo fuera.

ZAQUEO. Pues yo no lo maté, ni Dios lo quiera.

ABIGAIL. ¿Cómo, si fue David?

ZAQUEO. Por eso digo;  
porque soy enemigo  
de que me achaquen muertes que no he hecho;  
pero el valor del pecho,  
con una envidia honrosa  
me sacó a la campaña polvorosa;  
llamé a batalla a un bárbaro gigante;  
y púsoseme delante  
esgrimiendo un alfanje de cien varas.

ABIGAIL. Fuerza es que peligraras  
aunque estuvieras lejos.

ZAQUEO. ¡Lindo cuento!  
No le alcanzaba yo con otras ciento.

ABIGAIL. Alientos son bizarros.

ZAQUEO. Escogí de un arroyo cien guijarros,  
que pesaba el menor arroba y media.

CÉFORA. ¡Qué pesada tragedia!  
Muy grandes piedras son.

ZAQUEO. Bien lo imaginas,  
¿pues a un gigante han de tiralle chinas?  
Esas son las victorias más honradas:  
tiréle mil pedradas  
con dichosa fortuna,  
pero de todas no acerté ninguna;  
y aquesto lo dirán dos mil testigos.

CÉFORA. ¿Y en qué paró?

ZAQUEO. Hiciéronnos amigos.

CÉFORA. Igual fue la victoria.

ZAQUEO. Ten memoria:  
el escaparme yo, fue la victoria.  
¿Y de qué tierra viene tanto cielo?

ABIGAIL. En el Monte Carmelo  
es nuestra habitación, en cuyas faldas,  
en cada Abril vestidas de esmeraldas,  
tiene Naval, mi esposo,  
esquilmo tan copioso  
de ganados y mieses,  
que parecen los meses  
negarle su estación a otro horizonte,  
viviendo todo el año en nuestro Monte.

CÉFORA. Mas viene a ser tu esposo tan escaso,  
que en viendo a la piedad la cierra el paso;  
tan miserable al desfrutar la tierra,  
que aun los rayos del sol también encierra.

ZAQUEO. ¿Naval se llama? Linda desposada;  
¿con batalla Naval estáis casada?  
Y si sois liberal, y él avariento,

todo el año andará Naval sangriento:  
retiraos, porque el Príncipe ha salido.  
ABIGAIL. Pues ya que hemos venido,  
veremos a David, pues nuestra suerte  
nos trajo tarde, cuando el mundo advierte  
públicas alegrías,  
que en cuanto dure el sol, formando días,  
vivirá su memoria  
en los anales de la Sacra Historia.  
ZAQUEO. No faltará ocasión.  
ABIGAIL. Fuera esperamos.

Vase.

ZAQUEO. ¿Y en qué altura quedamos,  
Villanica del Monte?

Detiene a CÉFORA.

CÉFORA. Yo en mi altura.  
ZAQUEO. Y si fuese tan gruesa mi ventura,  
que llegase a tu Monte de esmeraldas,  
¿no te podré yo hablar desde las faldas?  
CÉFORA. No escucho yo tan lejos.

Vase.

ZAQUEO. Sea por señas,  
besando troncos y adorando peñas.  
La morenilla es alma de un pimiento,  
y puede revocar un testamento  
aunque esté el otorgante en aquel punto  
dando mil alegrones de difunto.

Sale JONATÁS.

JONATÁS. Llama a David, Zaqueo.  
ZAQUEO. Mas presto le traeré que tu deseo.

Vase.

JONATÁS. ¡Suerte infeliz la mía!  
Eclipsóse la luz, turbóse el día,  
cuando la parda nube  
sobre los hombros de los vientos sube,  
y al sol empaña crespas, y licenciosa,  
los rayos puros de su frente hermosa:

no tiene culpa el sol, porque es ajena  
la sombra oscura de amenazas llena;  
pero que el mismo sol cause desmayos  
a la hermosa pureza de sus rayos,  
y las nubes engendre helado y frío,  
para negarse al monte, al valle, al río:  
obstinada invención de otro Faetonte,  
pues pierde el valle lo que llora el monte:  
el Rey, el sol del mundo. ¿quién creyera  
que la tirana envidia eclipse fuera  
del luciente esplendor de su albedrío,  
dejando oscuro el monte y seco el río?  
Salen DAVID y ZAQUEO.

DAVID. ¿Qué me mandas, señor?

JONATÁS. Salte allá fuera.

ZAQUEO. Obedezco en la uña.

Vase.

JONATÁS. (¡Oh, quién pudiera! Aparte.  
Con riesgos de su vida...)

DAVID. (Con la color perdida,  
y turbada la voz, hablarme intenta.)  
Aparte.

Si merezco, señor, que me des cuenta  
de la pasión que turba tus sentidos...

JONATÁS. Tienen, David, oídos  
el viento y las paredes, y mi aliento  
tiembla de las paredes y del viento.

DAVID. Muy bien puedes hablar; que ellas son mudas  
y escucharán leales.

JONATÁS. Con más dudas  
estoy para temellas,  
porque habla el viento lo que escuchan ellas.

DAVID. Pues el Palacio deja.

JONATÁS. ¿No adviertes que conmigo ha de ir la queja  
para mover los cielos,  
y en tan duros desvelos

estará, aunque sin voces la despida,  
el eco en asechanzas de homicida?

DAVID. ¿De quién sabré tu pena?

JONATÁS. De mi pecho,  
con un abrazo estrecho;  
llégate a mí, David, porque quisiera,  
que el alma de mi pecho se infundiera  
en el tuyo, de modo,  
que lo que temo lo supieras todo;



y al volverse después que te informara,  
de cuanto te dijera se olvidara.  
Matarte quiere el Rey.

Abrázanse.

DAVID. ¡Qué escucho, cielos!

JONATÁS. Llegarán a desdichas tus recelos  
si en consultas los pones, porque llega  
a ver la envidia más, cuanto más ciega.

DAVID. ¿Pues yo qué puedo hacer?

JONATÁS. Librarte.

DAVID. ¿A dónde?

JONATÁS. Donde el cielo te guíe.

DAVID. No se esconde  
de las iras del Rey átomo breve  
del mismo sol, porque en el sol se embebe  
huyendo de su furia.

JONATÁS. Al cielo haces injuria  
si no guardas la vida.

DAVID. Porque es de tus alientos defendida  
la procuro guardar.

JONATÁS. Líbrete el Cielo.

DAVID. ¿En qué he ofendido al Rey?

JONATÁS. Ese desvelo  
no suspenda tu prisa.

DAVID. En tus voces me avisa  
nuestro Dios de Abraham.

JONATÁS. Él te defienda.

DAVID. Y muera yo cuando a mi Rey ofenda.

Sale ABNER por la parte que se quiere ir DAVID.

ABNER. David, en tu busca vengo.

DAVID. Abner, ¿vienes a matarme  
por orden del Rey?

JONATÁS. No fueras  
de la ilustre y noble sangre  
del tribu de Benjamín,  
si turbaras las piedades  
que en defensa de David  
conmigo comunicaste.

ABNER. Antes, señor, he venido  
a que la piedad, si cabe  
en el pecho de David,  
quiera mostrarla: tu padre  
ha vuelto a sentir ahora

aquella furia indomable  
de aquel espíritu fiero  
que le atormenta; pues sabes,  
gran capitán de Israel,  
el remedio saludable  
que Dios puso en tu instrumento,  
ven ante el Rey a tocarle,  
porque sus penas se templen,  
porque su dolor se aplaque.

JONATÁS. David, mi padre es el Rey;  
ven, por Dios, a remediarle.

DAVID. Si tú me has dicho ¡oh señor!  
que determináis guardarme,  
¿cómo, cuando os obedezco,  
me fatigáis con el lance  
más apretado y terrible  
que ha visto en nuestras edades  
el sol? Si excuso el remedio,  
dejo en sus ansias mortales  
al Rey mi señor que viva,  
al paso que le acompañe  
mi lealtad, que será eterna.  
Pues si me pongo delante,  
corre mi vida los riesgos  
que sabéis, y soy culpable  
si aguardo: señor, ¿qué haré?  
Porque no sé aconsejarme  
en dos extremos opuestos  
de peligros y piedades.

ABNER. ¿Qué te aconsejas, David?

La vida del Rey no aguarde  
tan mortales dilaciones;  
que si el peligro llegare  
de tu ofensa, por los cielos  
te juro que no se escape  
la vida que me sustenta,  
y muera a manos infames  
de un cobarde filisteo,  
David, si no te guardare.

JONATÁS. Promesas son bien seguras,  
y está en ellas de mi parte  
mi palabra y mi amistad.

DAVID. Baste ya, Príncipe, baste;  
basta ya, Abner, dos empeños  
para mi abono tan grandes.  
Viva mi Rey en mi riesgo;  
en mí su dolor descanse;

porque es de vasallo infiel,  
cuando tiene de su parte  
remedios que el Rey le pide,  
con temores excusarse,  
aunque la muerte que teme  
en su vista le amenace.

Vanse.  
Sale SAÚL.

SAÚL. Dejarme todos, que el fiero  
dolor que en mi pecho vive,  
ningún consuelo recibe;  
que solo la muerte espero.

Siéntase sin reposar, y sale MEROB.

MEROB. Señor, si pena tan grave  
es de tu sentido ajena,  
parte conmigo tu pena,  
si es que en tu pecho no cabe;  
será la muerte suave,  
aunque yo llegue a morir;  
mi alma viene a pedir,  
que si la tienes amor,  
la pongas junto al dolor,  
te lo ayudará a sentir.

Dos almas en compañía  
el dolor vendrá a temellas,  
y pues no ha de conocellas,  
podrá pasarse a la mía;  
y si en la mortal porfía  
de afligir y de matar,  
el dolor llega a dudar  
cuál alma le está mejor,  
entre tanto tu dolor  
te dejará descansar.

SAÚL. ¿No has visto soberbio un río,  
que el vecino campo anega,

Levántanse.

y a quien el paso le niega  
muestra más furioso el brío?  
La presa es un desvarío,  
aunque su corriente ignore;  
antes, porque sienta y llore

el dueño tan loca empresa,  
viene a pagarlo la presa,  
sin que el campo se mejore.

No hay alma que no destruya  
mi dolor con tal porfía;  
que el que revienta en la mía,  
pasará a anegar la tuya.  
Mejor es que en mí se incluya  
dolor que en mí se engendró:  
tu amor el discurso erró  
en quererle detener,  
si la presa ha de romper  
quedando anegado yo.

Ya siento otra vez ¡oh cielos!  
repetida la inclemencia  
del dolor: ya no es capaz  
a tan poderosa fuerza  
toda un alma, que parece  
su hermosura descompuesta,  
que lo mortal la apadrina  
en caduco polvo envuelta.

MEROB. Señor, advierte...

SAÚL. Si quieres  
que yo también te aborrezca,  
asiste a las furias mías,  
pues yo me aborrezco en ellas.  
Déjame, que el ver que todos  
sin padecer me consuelan,  
dilata más mi dolor,  
por ver que no hay quien lo sienta.

MEROB. ¡Oh, cuánto tarda David,  
pues minutos de su ausencia  
en lo sensible señalan  
horas al dolor eternas!

Vase.

SAÚL. Si el cuerpo ayuda a sentir  
tan inmortales violencias,  
niéguese, pues es caduco  
a jurisdicción ajena;  
ocupe en sensible polvo,  
pues se compone de tierra,  
y no por pintarse eterno  
entre a la parte en las penas;  
sino es que piadoso quiere,  
como tanto me atormentan,

que las penas se repartan,  
aunque él participe de ellas.

Salen JONATÁS, ABNER y DAVID.

ABNER. Señor, aquí está David.

SAÚL. ¡Cuanto el nombre me consuela!

Es basilisco su vista,  
que sin matar me atormenta.

ABNER. Pues sin verle te dará  
el remedio que te niegas.

Ya ves lo que dice el Rey:  
esos cancelos le prestan  
tregua a su enojo: no dudes,  
que cuando libre le veas  
has de volver a su gracia.

DAVID. Vuelva a su quietud primera,  
aunque en su desgracia viva.

Vase.

SAÚL. Tu bárbara inobediencia  
ha encendido más mi furia.

JONATÁS. Justo es que yo te obedezca;  
pero en matar a David...

Tocan arpa.

SAÚL. Déjame, si no es que intentas  
con tu muerte...

JONATÁS. Vive tú,  
aunque yo tu reino pierda.

Vase.

Vuelve el REY a alentarse, y tocan dentro el arpa.

SAÚL. ¡Que a penas tan inmortales  
conceda lo humano treguas  
con tan descansado alivio!  
¡Que las alternadas cuerdas  
de este instrumento suave  
arribasen la violencia  
del dolor, y que lo arrojen  
donde su memoria pierda!  
¿Qué misterio es este, cielos,  
si el instrumento que suena  
trae la quietud que gozo?

¿Por qué mis rebeldes penas  
no se han rendido jamás  
a otras voces ni otras cuerdas?  
¿Si está el misterio en David,  
pues le señala el Profeta  
por varón justo? En mis dudas  
tan libre el alma sosiega,  
que aun para pensar cuál es  
de entrambos el que me templa,  
le falta discurso al alma,  
tan sosegada, suspensa,  
que por trabajo despide  
el uso de las potencias.

Vuelven a tocar, y sale ZAQUEO.

ZAQUEO. ¡Hay sosiego semejante!  
¿Si duerme? Mas que se duerma  
en las pajas de la arpa,  
si son las pajas las cuerdas.  
Demonio regocijado  
tiene el Rey, no lo creyera  
aunque me lo asegurasen  
cuantos cursan las tinieblas.  
Si ya no es que este demonio,  
cuando se perdió en la guerra  
que con los ángeles tuvo  
(¡qué mal que le fue en la feria!),  
era música de arpa,  
y como cayó de priesa,  
aún le dieron lugar  
para traérsela a cuestras.  
Dejóse la arpa arriba,  
y quiere que le entretenga  
David a costa del Rey;  
mas por si acaso le deja,  
y le ha parecido bien,  
¿qué música será buena  
que la toquen a un demonio  
baladí, que se contenta  
con el alma de un bufón,  
que entristece cuanto alegra?  
Por Dios que es muy buena gaita,  
que es música de taberna,  
y nos holgaremos ambos  
cuando toque y cuando beba.  
SAÚL. ¿Qué ilusión es esta, cielos,

que estoy viendo?

¿El Rey despierta?

ZAQUEO. Pues a mi gaita me acojo,  
que los demonios la templan.

Vase.

Levántase el REY.

SAÚL. ¿David es Rey de Israel?

Primero a mis manos muera.

Aparece arriba DAVID con manto y corona, y el arpa a los pies, como le pintan.

SAÚL. ¿Si sueña la fantasía?

Su imagen me representan  
los ya turbados sentidos:  
púrpura y corona muestran  
su ambición en mis agravios,  
sea soñada quimera  
que fabrican mis temores,  
o el alma juzgue evidencias:  
morirá ahora a mis manos,  
pues la obediencia me niegan  
Jonatás y Abner: ¡Ah cuantas  
veces blandiendo la diestra

Llega al vestuario, y toma una lanza.

esta lanza, me temblaron  
las escuadras filisteas!  
No es mucho que a mi enemigo  
le pase el pecho con ella.

Al levantar la lanza se cubre la apariencia.

Desvaneciósese la sombra  
que me turba, y que me ciega  
¿David? ¿Dónde está David?  
Si es que coronarte piensas  
con mi muerte, ¿cómo huyes,  
y tan cobarde me tiembles?  
El dolor vuelve a afligirme,  
si no es que la envidia fiera  
que la atizan beneficios,  
y lealtades la despiertan.  
David, ¿dónde estás?

Sale DAVID.

DAVID. Señor:  
¡Válgame el Cielo! ¿Qué intentas,  
Rey de Israel? Señor mío.

SAÚL. Estorbar que no lo seas,  
pues hoy muriendo a mis manos,  
daré templanza a mis penas.

DAVID. El brazo de Dios me ampare.

Vase.

Tira SAÚL la lanza al vestuario.

SAÚL. Desmintió el golpe la diestra,  
erré el tiro; pero en vano  
a la ejecución te niegas  
de mi furia. ¡Ah de mi guarda!  
Quien mi descanso desea  
mate a David no se escape  
aunque el Cielo le defienda.

Vase.

Salen DAVID por una parte, y ABNER por otra.

DAVID. ¿Dónde podré estar seguro,  
cielos?

ABNER. David, esta puerta  
sale al campo; el Cielo guíe  
tus pasos; que la obediencia  
del Rey no es bien que me obligue  
cuando sus furias le ciegan  
en lo mismo que él conoce  
que es injusticia.

DAVID. Tan cerca  
siento, Abner, voces y pasos  
de los que matarme intentan,  
que es ya librarme imposible.

ABNER. Gana esa puerta, y no temas  
pues dices fías en Dios.

DAVID. Dios me ayuda, y tú me alientas.

ABNER. Guarden los Cielos tu vida.

DAVID. Para defender con ella  
al Rey de sus enemigos.

ABNER. Esa virtud es la prueba  
de varón tan justo.

DAVID. ¡Oh, Saúl!  
De ti mismo te defienda



el brazo de Dios.

ABNER.               ¿Qué aguardas  
donde riesgos se atropellan?

DAVID. Queda en paz, Abner.

ABNER.               El Cielo  
te guíe.

DAVID. Porque esta deuda  
reconozca mientras viva.

ABNER. Con que te libres me premias.

Vanse cada uno por su parte.

Jornada segunda

Salen NAVAL CARMELO y ZAFAIN, vejete rústico, y otro zagal, ABIGAIL y CÉFORA.

ABIGAIL. Tan blanco ha dejado el suelo  
el esquilmo del ganado,  
que estando sereno el cielo,  
parece que ha granizado  
en las faldas del Carmelo.

La desperdiciada lana  
que suelta, se desencoge,  
vuela por el prado ufana,  
y el clavel que la recoge  
en su regazo de grana,  
presume que le castiga;  
pues como su roja espiga  
la ve argentada, le cela,  
que es escarcha que le hiela,  
siendo armiño que le abriga.

El vellón que se desata  
derramado en los caminos,  
cuando el viento le arrebató  
con cándidos remolinos,  
es polvareda de plata.

Y la tierra, al verdor hecha,  
viéndose blanquear, sospecha  
que con ser, Naval amigo,  
su sementera de trigo,  
es de aljófara su cosecha.

NAVAL. ¿Ves lo que al clavel le nieva  
y lo que es granizo helado,

porque el monte se lo beba,  
lo que argenta el verde prado,  
y lo que el viento se lleva?

Pues que me lo usurpen siento,  
que aunque no aprovecha, atento  
juzgo que es caso cruel  
dar yo mi hacienda al clavel,  
al monte, al prado y al viento.

ABIGAIL. Hoy un convite has de hacer,  
de esquilas tres mil cabezas,  
y así es día de placer.

NAVAL. Abigail, tus franquezas  
han de hacerme empobrecer;  
y ¿a quién ha de ser?

ABIGAIL. Naval,  
a todos nuestros zagales.

NAVAL. ¿No han ganado su jornal?

ABIGAIL. Esposo, agasajos tales,  
son deudas del mayoral.

NAVAL. ¿A cuál de los tres más bien  
podré esta llave fiar?

Sácala.

Y con menos desmán, ¿quién  
traerá con que os regalar  
de mi abundante almacén,  
que todo el año tributa  
el grano en hilos maduro,  
la ceniza al viento enjuta,  
miel en barro, en sal buturo,  
queso en ollo, en paja fruta?

ZAFAIN. Verás como yo lo taso.

CÉFORA. No daré sin tu consejo  
una pasa.

ZAFAIN. Ni yo un paso.

NAVAL. Yo se la entrego al más viejo,  
que sabrá ser más escaso,  
y a su elección se le fía  
que escoja.

CÉFORA. Voy por tu espía.

Vanse los tres.

NAVAL. Abigail, no es exceso  
ese para cada día.

ABIGAIL. Por fama, desde Farán,

tu riqueza es conocida,  
adonde infante le están  
meciendo en plata mullida  
sus dos cunas al Jordán.

Y tú, avaro, allá en la cumbre  
de tu adorado tesoro,  
sin que el dictamen te alumbre,  
vas envejeciendo el oro  
al paso de la costumbre.

Vuelven a salir con algunas frutas en platos y pan, o lo que pareciere, y, extendiendo los manteles, se sientan.

NAVAL. Las riquezas se conservan  
guardando, que es largo el tiempo:  
ea, extended los manteles  
en este florido suelo.

ABIGAIL. Sentaos, pues, que mi esposo  
os convida.

ZAFAIN. Ya lo hacemos.

Salen ABISAÍ y ZAQUEO.

ABISAÍ. El Dios de Jacob os guarde.

ZAQUEO. Sí guardará, pues discretos  
nos tienen puesta la mesa  
aguardando a que lleguemos.

NAVAL. En mal hora hayáis venido,  
pues turbáis nuestro sosiego.

ABISAÍ. Con un ruego a ti, ¡oh Naval!  
de parte de David vengo.

ABIGAIL. A escucharle te levanta.

NAVAL. Antes no hacer caso de ellos  
es mejor, por no obligarlos  
a que mendigos y hambrientos  
se nos conviden: comamos,  
pues se volverán en viendo  
que no los oigo.

ABISAÍ. ¡Que el nombre  
de David estás oyendo,  
y no hagas caso!

ABIGAIL. Naval,  
que estás descortés confieso;  
pero yo en esta ocasión  
ser más divertida quiero;  
que en el que me envía David,  
al mismo David contemplo.

NAVAL. Como te llaman prudente,  
siempre estás dando consejos:  
vos, a lo que habéis venido  
referid, y sea presto.

ABISAÍ. Si por su mujer no fuera,  
cuya fama reverencio,  
yo vengara el desacato.  
El que venció al Filisteo  
me ha mandado que en su nombre...  
te diga.

ZAQUEO. Aguarda; que quiero,  
antes que quebrar el hilo,  
sentarme a comer, que vengo  
por entretenido acerca

Siéntase.

de esta embajada, y son estos  
los provechos de mi oficio,  
que han de entrarme en mal provecho.  
Hablar puedes ya, y vosotros  
podréis escucharle atentos;

Come.

que yo comeré por todos.  
Naval, no comáis más queso,  
que os haréis rudo en dos días,  
ni tú, mayoral, de viejo,  
cuya barba es más cerrada  
que la bolsa de tu dueño.

Levántase NAVAL.

NAVAL. ¡Oh! ¿Habéis venido a enojarme,  
o a referirme el intento  
de David?

ABISAÍ. Ese es el mío.

NAVAL. Pues que le expliquéis espero.

ABISAÍ. Fugitivo de Saúl,  
en ese estéril desierto  
de Farán, David habita,  
siguiéndole cuatrocientos  
de la tribu de Judá,  
entre aliados y deudos.  
Y como no les dispensa  
la sequedad del terreno,

fruto que parezca alivio,  
ya que no sea alimento;  
y en hondas cuevas se esconden,  
que son calabozos ciegos  
donde están, si no alojados,  
de su mismo temor presos,  
a ti, ¡oh Naval!, porque sabe  
que eres rico y opulento  
dueño de cuanto se juzga  
verde atalaya el Carmelo,  
que le socorras te ruega  
con algunos bastimentos:  
esto te suplica el hijo  
de Isaí.

NAVAL.            ¡Encarecimiento  
notable! ¿Quién es el hijo  
de Isaí? ¿No es un soberbio  
capitán de foragidos?  
Respondedle que no puedo  
socorrer la sed ni el hambre  
que padece; pues si tengo  
frutos que me da mi hacienda,  
para el preciso alimento  
de mi mesa y mi familia,  
los he menester.

ABISAÍ.            ¿Resuelto  
a no hacerle el beneficio  
estás?

NAVAL.            Bien podéis volveros;  
que nada he de enviarle.

ZAQUEO.            ¿Nada?  
Que le envías mucho entiendo,  
pues allá irá lo que yo  
en el estómago llevo,  
si no es que lo deje antes  
en el camino.

ABISAÍ.            Zaqueo,  
volvámonos a Farán.

ZAQUEO.            Volvámonos; que aunque tengo  
satisfechas ya las ganas,  
como a Naval estoy viendo  
delante de mí, imitadas  
en su miseria contemplo  
la mendiguez, la abstinencia,  
el ayuno, el cautiverio  
de Egipto, el comer por onzas,  
la dieta, el mucho concierto,

el mediodía, el pan caro,  
y otra vez de hambre muero.  
ABISAÍ. Temo que David se irrite  
contra ti.

NAVAL. Yo no lo temo:  
decid, ¿por qué ha de irritarse,  
y más viendo que le niego  
lo que es mío?

ABISAÍ. Él no lo pide  
con rigor, sino con ruego  
y humildad.

NAVAL. Yo no lo doy,  
porque me lo ha dado el Cielo  
para mí; mas de este modo  
acabo de responderos.

Vase.

ABISAÍ. ¡Qué necio ha estado Naval!  
Yo he de buscar algún medio  
para aplacar la venganza  
de David, pues ya la temo.  
¡Ay de ti, mísero avaro,  
si David llega al Carmelo!

Vase.

ZAQUEO. ¡Ay de ti, vejete rancio,  
si a su lado entonces vengo!

Vanse cada uno por su parte, y sale JONATÁS.

JONATÁS. Ya por cumplir de mi amistad el voto,  
piso el desierto de Farán remoto;  
sin fuente en que, por más que se congoje,  
los alacranes el caballo moje;  
sin ramo, donde en métrica armonía  
se ponga el ave a requebrar al día;  
sin hierba, de la tierra honor primero,  
cuyo inculto verdor rumia el cordero;  
y por eso jamás aquí es oído,  
ni relincho, ni canto, ni balido.  
David, que la violencia huir procura  
de mi indignado padre, se asegura  
en estas cuevas; pero yo, que tengo  
su riesgo a cargo, a prevenirle vengo.  
¿Si estará en esta, que a la luz se niega?

Para llamarle, a la espelunca ciega  
quiero acercarme; con furor me asombra:  
encontré con la patria de la sombra.  
¡Ah del abismo, donde el sol expira!  
Centro es oscuro cuanto allá se mira.  
¡Ah. de la cárcel, de peñascos huecos!  
Que como es cárcel, prende hasta los ecos.  
¡Ah del centro, con quien el día lucha!  
Solo el silencio es el que se escucha.  
O no me oye, o se engaña mi deseo:  
valiente vencedor del Filisteo,  
qué, ¿a la voz no respondes de tu fama?  
David, señor, amigo.

Sale DAVID.

DAVID.                   ¿Quién me llama?  
JONATÁS. Quien se aventura por venir a verte.  
DAVID. ¡Ejemplo de amistad, Jonatás fuerte!  
Aunque rota de tanta pena dura,  
al hondo centro de esta cueva oscura  
llegó tu voz; y aunque es su abierta boca  
ancha portada que rasgó la roca,  
tiene otra quiebra en el peñasco mismo,  
que es postigo secreto de este abismo,  
por donde salí a ver (quísolo el Cielo)  
quién me llamaba; que el mortal recelo  
que de tu padre tengo, le ha enseñado  
todos estos rodeos al cuidado.  
JONATÁS. En mayor daño el tuyo se conmuta.  
DAVID. Mayor que el habitar aquesta gruta  
adonde por sacar luz que me anime,  
el eslabón al pedernal oprime,  
que aunque duro, llorando de congoja,  
son sus centellas lágrimas que arroja;  
y porque salen en ardiente fuga,  
lienzo la yesca es, que las enjuga;  
que en esa ciega patria del espanto,  
da en claridad lo que recoge en llanto,  
pues como en ella nunca asoma el día,  
solo es luz material la que me guía.  
JONATÁS. Más crecido es tu mal (¡suerte penosa!)  
DAVID. Más crecido que el hambre que me acosa,  
víbora lenta, que aunque es corto el trecho  
hasta que llegue a la región del pecho,  
voraz por sendas de tristeza llenas,  
va apurando la sangre de mis venas.

JONATÁS. Más fuerte el riesgo es, más se acrecienta.

DAVID. ¿Más fuerte que la sed que me atormenta?

Pues envidia en tan bárbara inclemencia  
del bruto luchador la providencia,  
que este alivio a sí mismo se le debe,  
pues de sus manos el humor se bebe:  
sediento imito en ese centro angosto,  
latiendo al can en la estación de Agosto.

JONATÁS. Es más grande.

DAVID. ¿Excederle no procura  
la sed, el hambre y la caverna oscura?

JONATÁS. No.

DAVID. Dilo, pues,  
que decirlo el labio ordena.

JONATÁS. ¿Decirlo el labio ordena?  
¿Sabe el Dios de Abraham y con qué pena!  
Mas callarte el peligro es agraviarte,  
puesto que es más terrible que el faltarte  
en cueva, en sed, en infortunio hambriento,  
la luz del sol, el agua y el sustento.

Tres mil de los escogidos  
de Israel, para prenderte  
ha conducido mi padre,  
y desde Ramata viene,  
adonde es su plaza de armas,  
con esta tropa de gente,  
para atajarte los pasos:  
tú, que en lo incauto pareces  
al irracional que habita  
bruto montaraz albergue,  
que acosado del estruendo  
de bocinas y lebreles,  
busca donde se asegure;  
asegúrate, pues sientes  
los pasos del cazador,  
antes que en la red tropieces;  
no le hagas rostro al peligro.

DAVID. Si es que matarme pretende  
Saúl, como a mi noticia  
ha llegado, que me ofrece  
seguro para que vaya  
a repetir, como siempre  
se ha hecho, la preeminencia  
de que a su mesa me sienta,  
de las Calendas del día  
que en nuestro idioma se entiende  
el primero del mes, y hoy,



que ha llegado este solemne  
día en el hebreo rito,  
me llama, ¿qué enigma es este,  
que lisonjea y castiga?  
¿O cómo se compadece  
prevenirme el agasajo  
con desearme la muerte?

JONATÁS. Para interpretar mejor  
su intento, ¿qué te parece  
que podré hacer yo? Que en todo  
que a tu elección me sujete  
es justo, como al cincel  
el dócil tronco obedece.

DAVID. Pues, Jonatás, quien sospecha  
un peligro y no le teme,  
desesperado se mata  
a sí mismo; y pues comete  
en su vida el homicidio  
que prohíbe Dios, ya ofende  
el Decálogo sagrado,  
que con su dedo presente  
nuestro gran legislador  
grabó en mármoles rebeldes;  
y así, el asistir rehúso  
en el festivo banquete.

Y si acaso preguntare  
por mí, podrás responderle  
que me envió a pedir la ilustre  
tribu de Judá, que fuese  
a hallarme en los sacrificios  
que hace Belén al Dios fuerte  
de los ejércitos, donde  
en la sangre de inocentes  
víctimas se explica el cielo,  
la fe en aromas trasciende.

Y por eso te rogué  
que esta disculpa le dieses  
de mi parte; y si la admite  
afable, es señal que miente  
la negra nube, que densa  
rayos contra mí promete.  
Mas si de oírla se enoja,  
es darme a entender que el vientre  
del condensado vapor,  
para fulminarme, ardientes  
abortos encierra, hijos  
de congeladas preñeces.

JONATÁS. Pues yo me prefiero a darte  
el aviso.

DAVID. ¿Y de qué suerte,  
si para vernos los dos  
hay tantos inconvenientes?

JONATÁS. Pues nos hemos acercado  
a aqueste sitio eminente,  
donde el pabellón del Rey  
se ha de plantar, esconderte  
podrás entre aquellas rocas.  
Y si desde allí advirtieres,  
que yo, como que en el blanco  
me ejercito, un arpón leve  
pongo en el arco, y le tiro,  
volverte a la cueva puedes,  
pues te servirá de aviso,  
de que hallé indicios crueles  
en mi padre; mas si el brazo  
sobre la cuerda pusiere  
la flecha, y al dispararla  
la ejecución se suspende,  
asegurado del riesgo,  
te podrás llegar alegre  
donde yo esté, pues con esto  
te daré a entender que quiere  
la suerte que tus trabajos  
tengan fin.

DAVID. ¡Que resolverte  
podrás a tan grande empeño!  
Mira bien lo que prometes,  
Jonatás.

JONATÁS. En este pacto  
que hago con David, ponerte  
quiero por testigo a ti,  
gran Dios, que contra la plebe  
incrédula un tronco basto  
hiciste escamada sierpe;  
porque permitas si yo,  
engañoso no cumpliero  
lo que ofrezco, que los mismos  
peligros que David teme,  
vengan sobre mí; y si acaso  
es tu voluntad hacerle  
Rey de Judá, en tu sagrada  
presencia él también me ofrece  
que usarán de piedad todos  
sus heroicos descendientes

con los míos, así a ellos,  
de tu mano ungido Rey,  
para que aquesta amistad  
hasta los hijos la hereden.

DAVID. Así lo ofrece David.

JONATÁS. Así Jonatás lo ofrece.

DAVID. Pues ya que el contrato hacemos,  
firmarle los brazos pueden,  
porque el tiempo no le anule,  
ni el olvido le cancele.

Tocan cajas y trompetas.

JONATÁS. Este estruendo nos avisa  
que el Rey llega.

DAVID. De su gente  
veo ya el tropel, ¿qué haremos?  
Pues mientras de afecto ardiente  
llevados, nos divertimos,  
se han acercado de suerte,  
que parece que hacen alto  
las escuadras.

JONATÁS. A ponerme  
voy entre la armada tropa,  
para que mi padre piense  
que vine en la retaguardia:  
tú, con paso diligente,  
al puesto que he señalado  
te retira.

DAVID. A lo que hicieres,  
desde allí he de estar atento.

JONATÁS. Yo haré que presto interpretes  
el aviso de la flecha.

Vase.

DAVID. Tu lealtad el cielo premia:  
ya han armado el pabellón  
del Rey sobre el campo estéril,  
y para la ceremonia  
del convite, puesta tienen  
la mesa al Rey de Israel,  
para que a comer se siente:  
los Príncipes de las tribus  
acompañándole vienen.  
El príncipe Abner también,  
que lugar, como yo, tiene

en este público acto,  
ya se sienta, a quien sucede  
Jonatás, mi firme amigo;  
mas junto al Rey, me parece  
que un lugar está vacío;  
sin duda es el que previenen  
para mí; con Jonatás  
colérico se enfurece  
Saúl, ¿qué será la causa?  
Pues a levantarse vuelve  
de la silla; todos hacen  
lo mismo, el enojo crece,  
y derribando la mesa,  
fuego por los ojos vierte.

Ruedan desde el vestuario al tablado algunos platos con servilletas.

A esta parte se encamina:  
ásperas rocas, valedme.

Éntrase a esconder entre unas peñas que hay en un monte, no parece hasta su tiempo, y sale  
deteniendo ABNER a SAÚL, y delante, como que huye, JONATÁS.

ABNER. Aplaca el feroz semblante.

JONATÁS. Templa el airado poder.

SAÚL. Castigarle quiero, Abner;  
no te me pongas delante.

ABNER. Señor, oye.

MEROB. Padre, espera.

JONATÁS. Porque su error reprendí  
se indigna, y porque le di  
la excusa de David.

SAÚL. ¡Muera

David! Pero satisfecho  
de no encontrarle jamás  
estoy, porque Jonatás  
le esconde dentro del pecho.

Mas pues castiga igualmente  
de nuestra justicia el rito  
al que comete el delito  
y al que encubre al delincuente,  
apartaos, que aunque me arrojó  
contra lo que amor discurre,  
también Jonatás incurre  
en la pena de mi enojo.

MEROB. Guardar a David, entiendo  
que ha sido acierto, y no error.

ABNER. En dar a David favor,  
más te obligo que te ofendo.

SAÚL. ¡Que a los dos a un tiempo os mueva  
tan mal fundada opinión!

MEROB. Esto apoya mi atención.

ABNER. Esto mi discurso aprueba.

MEROB. Afírmelo un argumento.

ABNER. Otro argumento lo diga.

SAÚL. Pues decid, ¿en qué me obliga?

MEROB. Atento escucha.

ABNER. Oye atento.

MEROB. Un despeñado arroyo, que campea  
desde el Tabor, en cuya cumbre mana,  
lanza de plata es, que corre ufana  
a quebrarse en el mar de Galilea.

Mas tuerce el curso en que morir desea,  
topando acaso en una roca anciana,  
y en vez de hundirse entre la espuma cana,  
sierpe argentada por la playa ondea.

Si al risco, que le estorba el parasismo,  
grato se muestra hasta un raudal escaso,  
tú que te precipitas de ti mismo,

no culpes, cuando corres al fracaso,  
que te amenaza el mar de un ciego abismo,  
que se te ponga Jonatás al paso.

ABNER. Tiene el Líbano un árbol, planta rica  
del saludable fruto trascendente,  
cuya raíz, que en el sitio está pendiente,  
echa fuera los lazos que rubrica.

Y una palma, que al fértil hombro aplica,  
por no hacer su caída contingente,  
le está besando el pie, que amargamente  
de aromáticas lágrimas salpica.

Es el resabio en ti de un odio injusto,  
la raíz que revienta mal sufrida;  
Jonatás palma, si árbol tú, robusto;  
pues a un tiempo aplicó con fe advertida

la boca del respeto a tu pie augusto,  
pero el hombro del cielo a tu caída.

SAÚL. Convencerme es vana empresa  
cuando vengarme procuro,  
pues teniendo mi seguro,  
faltar David de mi mesa

en tal día, que es, confieso,  
menosprecio declarado,  
y el haberle disculpado  
Jonatás, fue loco exceso;

y así, aunque raudal he sido,  
que libre empieza a correr,  
y árbol que se va a caer,  
del terreno desasido;

no he de parar, si el tesón  
de mis ondas no desmaya,  
hasta entrarme por la playa  
del mar de mi indignación.

Arrancaré mis raíces  
rodando hasta el verde centro  
del valle, que al duro encuentro  
verá ajado sus matices.

Podrá ser, si el risco bronco,  
o si la palma eminente  
hace estorbo a mi corriente,  
sirva de arrimo a mi tronco,  
cuando despeñado baje,  
o cuando arrancado llegue,  
que uno su cerviz anegue,  
y otro sus ramas desgaje.

Vase.

MEROB. Sigámosle.

ABNER. Gran desvelo.

Me da el ver su rostro airado.

MEROB. ¿A mi padre has enojado?

Vanse los dos.

JONATÁS. Hermana, quiérello el cielo.

Pues para guardar la vida  
de David, me hace instrumento;  
pero ya avisarle intento,  
pues la flecha prevenida  
tengo, y el arco, y culpaba  
la tardanza a mi cuidado.

Hace que toma de adentro una flecha y arco, y DAVID se ve entre las peñas.

DAVID. Como estoy tan apartado,  
no oí lo que el Rey hablaba;  
mas ya mi atención acecha  
de Jonatás el aviso.

JONATÁS. El disparar es preciso,  
pues ya...

Al tirar, sale SAÚL por la misma parte.

SAÚL. ¿Tú con arco y flecha?

JONATÁS. Mi padre ha vuelto, cruel,  
Aparte.

(cuando pienso que se aleja.

¿No son armas que maneja  
la milicia de Israel?)

DAVID. El Rey volvió.

SAÚL. ¿Y con qué fin  
tiras ese arpón veloz?

JONATÁS. Por si entras en la feroz  
provincia de Filistín:

    matar yo con valentía  
mucho bárbaro tropel,  
para ejercitarme en él,  
blanco de aquel tronco hacía.

SAÚL. Cuando a encontrarte he querido  
volver, por darte ocasión

de que me pidas perdón  
de tu culpa convencido,

    con juvenil ardimiento,  
sin darte ningún cuidado

que yo me fuese enojado,  
¿flechas disparas al viento?

    Deja el tiro, y no presumas  
con soberbia imitación,

por parecerte a ese arpón,  
vestirte de vanas plumas.

    Baja el arco.

JONATÁS. Ya  
te obedezco: el riesgo miro,  
pues ve que suspendo el tiro  
David, y presumirá

    que es darle a entender que puede  
llegar seguro, aunque está  
aquí el Rey.

DAVID. ¿Si llegaré?

Pues asegurarme puede  
    el ver que no ha disparado  
Jonatás.

SAÚL. Más por mí hicieras  
si adiestrándote estuvieras,  
no contra el robusto airado  
    filisteo en fiera lid.

DAVID. Yo llego.

JONATÁS. Él viene: ¡hay mayor mal! Pues ¿contra quién, señor?

SAÚL. Contra el pecho de David.

JONATÁS. Él mismo me ha dado asunto por donde el remedio espero, pues por no enojarte quiero, ahora que al blanco apunto, adiestrarme desde aquí, para que no yerre el pecho de David.

SAÚL. Muy satisfecho me dejas.

JONATÁS. ¿Disparo?

SAÚL. Sí:  
y aunque fingida la acción,  
la flecha vaya derecha.

JONATÁS. Pues haz cuenta que esta flecha le acierta en el corazón.

SAÚL. Eso sí.

DAVID. Lo que me empeña a llegar, me vuelve atrás:  
¿qué haré? Tiró Jonatás;  
que huya me dice esta seña.

Dispara hacia dentro.

SAÚL. ¿Acertaste?

JONATÁS. Yo confío  
que en David lo mismo haré.

Vase DAVID por donde estaba.

SAÚL. Ahora sí que podré decir que eres hijo mío:  
busquémosle entre los dos;  
que uno ha de ser su homicida.

Vase.

JONATÁS. No es posible; que su vida corre por cuenta de Dios.

Vase.

Salen ABISAÍ, ZAQUEO y soldados.

ABISAÍ. ¿Dónde David estará?  
no rehuséis el decillo,



cielos: ¿dónde el gran caudillo  
de la tribu de Judá?

Sale DAVID.

DAVID. A hallar abrigo tan cierto,  
amigos, viene David.

Dentro ABNER.

ABNER. Esa senda, es muy fragosa.

Dentro SAÚL.

SAÚL. Aunque es áspera, la sigo  
por buscar a mi enemigo.

DAVID. Mirad cómo ya me acosa.

SAÚL. Sígueme, Abner.

ABNER. La aspereza  
los pasos me va cerrando.

DAVID. Mi riesgo se va acercando;  
desta cueva fortaleza

haremos: denos sagrado  
en su obscura lobreguez  
ahora, pues otra vez  
hospedaje nos ha dado.

Ea, todos los demás  
entren delante de mí,  
porque yo y Abisái  
nos quedaremos atrás.

ABISAÍ. Entra tú.

ZAQUEO. Haga esas pruebas  
otro, haga otro la guía;  
que yo tengo antipatía  
grandísima con las cuevas.

ABISAÍ. Pues yo entraré; que arrogante  
llega el Rey en nuestro encuentro.

Ven, David.

DAVID. Ya busco el centro.

Entran en la cueva.

ZAQUEO. Entraré, pues van delante;  
ya el encubrinos os toca,  
cueva hermana, en tal aprieto;  
mas ¿cómo tendrá secreto  
quien jamás cierra la boca?

Sale SAÚL con un capote rojo o manto.

SAÚL. Gente parece que ha entrado  
en ese centro escondido;  
y aunque Abner se me ha perdido,  
y Jonatás ha marchado  
por otra parte, rigiendo  
otra escuadra de soldados,  
por ver mis pasos logrados,  
aquí solo entrar pretendo,  
por ver si a David yo mismo  
hallo. (¡Qué horrible es y fea  
la gruta!) Entraré, aunque sea  
un bosquejo del abismo.

Salen DAVID y ABISAÍ por la otra parte.

DAVID. Como tenemos la entrada  
de la cueva tan enfrente,  
y está oscuro, fácilmente  
se ve que por la rasgada  
quiebra entró Saúl.

ABISAÍ. Y ve mal,  
que sin tino acá ha guiado  
los pasos.

DAVID. Ponte a mi lado,  
y en el Cielo confiemos.

Sale SAÚL, como que no ve.

SAÚL. Como de la claridad  
vengo aquí, donde anochece,  
deslumbrado me parece,  
que es mayor la oscuridad;  
ciego, solo horrores sigo.

Andando.

ABISAÍ. David, ya el día llegó  
en que Dios te prometió  
entregarte a tu enemigo,  
porque a tu elección se entienda  
que la venganza ha de ser.

DAVID. No permita su poder,  
que yo al Rey ungido ofenda.  
Antes tú, en peligro igual,

porque mi lealtad se crea,  
tráeme encendida una tea.  
ABISAÍ. Voy a herir el pedernal.

Vase.

DAVID. Llegaré, sin ser sentido,  
al Rey.

SAÚL. ¡Que ya que desdeña  
la vista darme una seña,  
no se la deba al oído!

DAVID. Por fundar más lo que tanto  
le bastaba a persuadir,  
le voy procurando asir  
la orla del regio manto,  
cortándole parte poca,  
aunque al decoro me atreva.

SAÚL. Como he torcido la cueva,  
perdí de vista la boca.

Con un cuchillo le corta un pedazo de la capa.

DAVID. Logré mi mucha osadía:  
toqué a Saúl: ¡qué conflicto!  
Ya he cometido el delito:  
vendré a pagarle algún día.

SAÚL. Hacia allí una antorcha luce,  
norte inquieto, pues al paso  
se mueve su ardor escaso  
del mismo que le conduce:  
¿si en prender este traidor  
algún exceso se atreve?  
¿Dónde estás, David aleve?

Sale ABISAÍ con la tea encendida, y al volver SAÚL halla a sus pies a DAVID.

DAVID. A tus pies, Rey y señor.

SAÚL. Tú junto a mí: ¿qué disculpa  
tendrás, sino que matarme  
quieres?

DAVID. Antes de escucharme,  
no me adjudiquéis la culpa.

Levántase.

Pero en indecencia toca  
que a Saúl, Rey de Israel,

le cubra en vez de dosel  
el techo de aquesta roca.

Tómale la tea.

Sal de ese albergue, que en vano  
el sol verle procuró;  
que para alumbrarte, yo  
la luz llevaré en la mano:  
sígueme sin ir sujeto  
al recelo; que en tal caso,  
para asegurarte el paso  
va delante tu respeto.

Andan.

SAÚL. Si viene lleno de enojos,  
¿cómo mi furor sosiego?  
DAVID. Es que entraste al venir ciego,  
pero al salir ven tus ojos;  
mas ¿no ves la claridad  
que otra antorcha te previno,  
que hasta oírme aún te imagino  
dentro de tu ceguedad?

Entran por donde salieron, y dan vuelta al tablado, saliendo por la boca de la cueva.

SAÚL. Ya veo el zafir azul,  
y ya el superior lucero,  
y ya tu disculpa espero.  
DAVID. Pues oye, invicto Saúl.  
Supremo Rey de Israel,  
ya que cruel tu castigo  
tanto ha que pisa la senda,  
nunca hollada del delito,  
para obligarte a mis iras,  
o darte menos motivos  
de que en esta humilde garza,  
real neblí, tiñas el pico:  
desde el prólogo primero  
de mi vida, determino  
ir hojeando los sucesos,  
por si los borró el olvido  
de tu memoria, aunque en ella  
era justo, era preciso,  
rey y señor, que estuviese

encuadernado este libro.  
Cuando de escuadras armadas,  
de crespos blancos armiños,  
en las floridas campañas  
era rústico el caudillo,  
siendo bengala el cayado,  
y arnés cándido el pellico,  
enviaste a Isaí a mi padre  
con amorosos indicios,  
a rogarle que enviase  
a tu corte, y aunque he dicho  
que le rogaste, esta vez  
término impropio no ha sido;  
que entonces fue el ruego en ti  
lícito, pues aunque afirmo  
que tiene en lo temporal  
un rey superior dominio,  
son tributos reservados  
solo para Dios los hijos.  
Mas mi padre a tu presencia  
me envió, y los ásperos riscos  
que antes pisaba en el monte,  
troqué en los jaspes bruñidos  
del Palacio, donde hallé  
en la púrpura de Tyro  
también escondido el áspid,  
cuando engañoso y nocivo  
presumí que le dejaba  
emboscado en los tomillos.  
Aquel espíritu impuro,  
que en ti empezó, fue ministro  
de la justicia de Dios,  
por haber dejado vivo  
al Rey de Amalech:  
metió en tu pecho perfidio  
su rabia infernal, haciendo  
que airados y enfurecidos  
tus ojos, vertiesen fuego,  
y no llanto compasivo,  
y en tu boca fuesen basicas  
los que iban a ser suspiros.  
Mas yo, cuando a tan ardiente  
pasión estabas rendido,  
manejaba el instrumento,  
y tu intolerable abismo,  
de aquel sonoro beleño  
blandamente adormecido

se iba quedando, pues prontos  
los dedos ya, y ya remisos,  
al rebatir de las cuerdas,  
lo que en ellas fue gemido,  
sin dilación en tu pecho  
se pasaba a ser alivio.  
¿Quién creyera que una dulce  
cadencia hubiera rendido  
de tan pesada cadena  
los eslabones prolijos?  
¡Inescrutables secretos  
de Dios! pues para este auxilio  
ordenó su Providencia  
que en tanto que a su albedrío  
mi ganado hollaba el valle,  
yo, entregado al ejercicio  
sonoro, estuviera en él  
tan diestro, que cuando herido  
le sonaba el instrumento  
en la quiebra de algún risco,  
naturalmente ayudadas  
allí de lo insensitivo,  
era cada oveja un mármol,  
suspensas al dulce hechizo  
del arpa; y si alguna dellas  
le interrumpía, medido  
el acento de su voz,  
con el contrapunto mío,  
aunque a su madre llamaba  
con amoroso cariño,  
parecían, siendo quejas,  
consonancias los balidos.  
De las huestes filisteas  
asustado, con las tribus  
de Israel fuiste marchando  
hacia el valle Terebintho.  
Y estando tu campo a vista  
del ejército enemigo,  
vimos salir de sus reales  
un corpulento prodigio  
de estatura formidable;  
vestía un arnés, que quiso,  
por ser dragón de metal,  
que la fragua y el martillo  
se le grabasen de escamas,  
con un escudo de limpio  
acero cubierto el pecho,

un corvo alfanje ceñido,  
y todo un árbol por lanza,  
que sin fatiga o perjuicio  
del brazo, de hojas desnudo,  
como de estragos vestido,  
nacido había en aquel  
monte de miembros macizo.  
Plantado entre los dos campos,  
a singular desafío  
llamaba a uno de los nuestros;  
pero todos, escondidos  
entre el temor y el silencio,  
no se hallaban a sí mismos.  
Y yo, viendo que un profano  
idólatra, incircunciso,  
cargado de infame duelo  
dejaba el pueblo escogido  
de Dios; para el duro encuentro,  
licencia, Saúl, te pido;  
y aunque dudoso a mi instancia,  
me concedes que al peligro  
me arroje, y para el combate  
mandas que tu yelmo mismo  
me pongan: dasme tu espada:  
con respeto me la ciño.  
Mas para ver si veloz  
o torpe el acero esgrimo,  
hago la prueba, y el brazo,  
no acostumbrado al estilo  
de tales armas, se halló  
tan extraño en su ejercicio,  
que por no ponerlo en duda,  
quitándomelas, elijo  
cinco piedras de un arroyo,  
el cayado al brazo aplico,  
la honda rodeo al cuerpo,  
y armado del temple fino  
de la fe, que es peto fuerte,  
hecho a prueba de peligros,  
a vista del filisteo  
la verde palestra piso.  
Desprecióme su arrogancia,  
pero irritado y movido  
de mis razones, dispuso  
hacer batalla conmigo.  
La honda tomo, y una piedra  
tan cierta a su frente envió,

que juzgue que la sirvió  
de precepto el estallido;  
con que sus vitales basas  
quebradas, al suelo vino  
aquel de naturaleza  
desmesurado edificio.  
Y quitándole el alfanje,  
la cabeza le divido  
de los hombros, que en mi mano  
pendió de sus bastos rizos.  
Su gente huyó, y en su alcance  
tus caballos impelidos  
para que se detuviesen  
los llamaban a relinchos.  
Este fue mi primer triunfo,  
este, Saúl, fue el principio  
con que aseguré en tu mano  
el cetro, sin otras cinco  
victorias que en nombre tuyo  
mi valor ha conseguido,  
para establecerte el reino,  
que goces felices siglos.  
¿Pues por qué, señor, el odio  
tanto ha de poder contigo,  
que huyéndole a tu rigor  
el rostro airado y esquivo,  
me ha de tener siempre el monte  
por su huésped foragido?  
Cuando de Jerusalén  
salí, y llegué peregrino  
a Niobe; Ahimelech,  
sacerdote, conmovido  
de ver mi hambrienta miseria,  
me dio los panes acimos,  
aunque estaban reservados  
para los sacros ministros  
del templo, porque en la ley  
dispensó allí lo preciso  
de la piedad; y tú, airado,  
después que te dio el aviso  
Doeg Idumeo, que entonces  
presente fue al beneficio  
mandaste que Ahimelech  
fuese pasado a cuchillo  
porque alivió mis trabajos,  
con otros ochenta y cinco  
sacerdotes del Señor.



¿Qué constitución, qué rito  
manda que la caridad  
sea capaz del castigo?  
¿Cuándo la piedad fue rea?  
¿Cuándo se vio en el suplicio  
el hacer bien? ¿Ni qué imperio,  
sino el tuyo, ha establecido  
que fuesen las buenas obras  
confirmadas por delito?  
¿Por qué, señor, me persigues,  
cuando en lo leal imito  
al can, que pisado acaso  
del dueño, aunque sienta esquivo  
dolor, mirándole al rostro,  
le saluda con cariños,  
lamiéndole el pie, que fue  
instrumento fortuito  
de su daño, en vez de dar,  
colérico y vengativo,  
al desenojo la presa,  
y la querrela el ladrido?  
¿En qué te ofendí? Si acaso  
las finezas, los servicios  
son crímenes contra ti,  
muchos, Rey, he cometido.  
El Señor entre los dos  
sea Juez; y si el registro  
de mis cargos fuere cierto,  
recto pronuncie el castigo.  
La muerte te pude dar  
en la cueva, y para indicio  
desta verdad, reconoce  
este trozo dividido  
de la orla de tu manto;  
que la oscuridad y el sitio  
permitió que le cortara,  
cuando pudiera atrevido  
matarte, y que este sea  
el postrero beneficio,

Sale ABNER.

y el mayor; porque revoques,  
Señor, el decreto impío  
de tu indignación, en tanto  
que el aire en su imperio limpio,  
la tierra en su vasto seno,

el agua en su centro frío,  
el fuego en su esfera ardiente,  
son desta verdad testigos;  
pues con leal vasallaje  
a tus Reales pies me rindo.

SAÚL. Alza, David: (aquí es fuerza   Aparte.

torcer el tesón remiso  
de mi enojo, y más hallando  
tan contingente el peligro,  
por verme entre mis contrarios.)  
Yo te otorgo cuanto has dicho.

Mas como tal vez el odio  
en un pecho envejecido  
reverdecer suele, es bien  
que te apartes de mí: aplico  
al tósigo de mi enojo  
el antídoto preciso  
de la distancia; David,  
vete en paz.

DAVID.       Tu gusto sigo.

SAÚL. ¡Que a dividir un pedazo  
del regio manto que visto,  
osara! ¡Ah, Samuel sagrado,  
cómo acordarme has querido  
de cuando te rasgué el tuyo!  
Tristes presagios prolijos  
de la división del reino  
de Israel todos han sido.

¿No te vas?

DAVID.       Ya te obedezco:  
los que en la cueva conmigo  
entraron, ¿a dónde están?

ABNER. Por la otra quiebra han salido,  
que corresponde hacia el llano.

DAVID. Pues ven, que ya que me libro  
por ahora de Saúl,  
a los contornos floridos  
del Carmelo marchar quiero,  
a castigar el delito  
del necio Naval.

SAÚL.       David,  
yo deseo ser tu amigo,  
pero lejos de ti.

DAVID.       Yo,  
como a Rey por Dios ungido,  
reverenciaré tu nombre  
desde el más remoto sitio.

SAÚL. ¡Ah, Samuel santo! Tu mano  
les deshereda a mis hijos.

Jornada tercera

Sale ABIGAIL por lo alto de un monte con muchos villanos, con cestas de presente; y por lo alto de otro monte DAVID, ABISAÍ y soldados tocando cajas.

ABIGAIL. Aquel es el Hermón, basa del cielo.

DAVID. Aquellas son las cumbres del Carmelo.

ABIGAIL. Pues publicad con rústicas canciones,  
que a David le llevamos estos dones.

DAVID. Pues ya que ir contra Naval pretendo,  
dígalo a voces el marcial estruendo.

ABIGAIL. Y al dulce son moved el paso ufano.

DAVID. Y al son del parche descendid al llano.

Empiezan a bajar, tocando a una parte clarines y cajas, y a otra cantando lo que se sigue,  
todo a un tiempo.

MÚSICOS. Porque David el fuerte  
alegre las reciba,  
pobres demostraciones  
la Fe las hace ricas.

DAVID. ¿No oís lo dulce de uno y otro acento?

ABIGAIL. ¿No escucháis el rumor que asusta el viento?

DAVID. ¿No veis rústica tropa que desciende?

ABIGAIL. ¿No veis marcial tropel que el monte hiende?

ZAQUEO. Y es gente de Naval, según promete:  
sácolo por el rastro del vejete.

ABISAÍ. Y escuadra es de David; ¿no ves con brío,  
largo hasta en meter guerra aquel judío?

DAVID. Si me embiste con vanas esperanzas,  
muera en nombre del Dios de las venganzas.

ABIGAIL. Si David viene a darnos el castigo,  
mi humilde rendimiento va conmigo.

DAVID. Pues volved a tocar, porque marchemos.

ABIGAIL. Pues cantad otra vez, y caminemos.

Tocan, y vuelven a cantar, y bajan al teatro.

ABIGAIL. De rodillas.

Heroico caudillo hebreo,

la que está a tus pies rendida  
es Abigail, que humilde  
besa la tierra que pisas.

Juzga, que la inobediencia  
de mi esposo ha sido mía,  
y como culpada en ella,  
a mí sola me castiga.

No arruines los contornos  
del gran Carmelo, ni tiñas  
de nuestra sangre las flores,  
con que su falda matiza.

Ya muerto Naval, mi esposo,  
a esta acción se determina  
esta tu esclava, que ufana  
conduce pobre familia,  
para traerte, señor,  
dones que, aunque no consigan  
ser obras de la opulencia,  
son del deseo primicias.

DAVID. Abigail la prudente,  
¿para qué a mis pies te humillas,  
cuando te sube tu nombre  
sobre las estrellas mismas?

Bendito el Dios de Israel  
sea, que con su divina  
mano te trujo a mis ojos;  
el lenguaje con que explicas  
tu humildad, bendito sea;  
pues tú, Abigail, bendita  
delante del Señor eres,  
como entre todas las hijas  
de Sión; que sola tú  
pudieras templar las iras  
de David, pues tus palabras,  
más que tus dones, me obligan.

Recibid agradecidos  
esto que Dios nos envía:

Abigail, satisfecha  
de tu virtud, la divina  
providencia del gran Dios,  
que sea tu esposo me avisa.

ABIGAIL. En mi humildad la obediencia,  
mis aciertos acredita.

DAVID. Dichoso seré en tus ojos.

ABIGAIL. Contigo aumento mis dichas.

DAVID. Vete en paz; que el horizonte  
que viene la noche avisa.

ABIGAIL. El Dios de Jacob te guíe.

ABISAÍ. Discreta y hermosa, admira.

DAVID. Una inclinación honesta  
acá en la idea la pinta.

ABIGAIL. Un halagüeño respeto  
a que le admire me obliga.

DAVID. A las demás aventaja,  
como, de nácar vestida,  
vence a las plebeyas flores  
la rosa entre las espinas.

ABIGAIL. Bizarro a todos prefiere,  
cual suele en selva florida  
el árbol que lleva el fruto,  
que grana y oro matizan.

DAVID. Cual bello espeso cabrío  
del Galad, se precipita  
su cabello por los hombros,  
se despeña en ondas ricas.

ABIGAIL. En lo atractivo, parece  
que al fragante cedro imita,  
que sobre el Líbano prueba  
su incorruptible hidalguía.

DAVID. Toda es perfecta a los ojos.

ABIGAIL. Todo es amable a la vista.

DAVID. Bendígala siempre el Cielo.

ABIGAIL. Siempre el Cielo le bendiga.

DAVID. Hágala el clarín la salva.

ABIGAIL. Y vuestras voces repitan  
de David las alabanzas.

DAVID. El sol su belleza envidia.

Tocan cajas y clarines, y éntanse ABIGAIL y sus pastores, cantando a un mismo tiempo, y quédanse DAVID y ABISAÍ.

DAVID. ¿Quién de vosotros se atreve  
a bajar a la campaña  
conmigo? Porque a esta hazaña  
nuestro Dios mis pasos mueve.

El Filisteo cercado  
tiene a Saúl, y ha de ver  
que no le quiere ofender  
quien su vida ha asegurado,  
ya viene el silencio mudo  
de negras sombras cubierto,  
y bajar quiero al desierto,  
donde Dios librame pudo  
de los sangrientos rigores

de Saúl.

ABISAÍ. Yo bajaré  
contigo, que estimaré  
tus peligros por favores.

DAVID. Imitas en el valor  
a Joab tu hermano.

ABISAÍ. Intenta,  
pues Dios tus pasos alienta,  
un hecho heroico, señor.

DAVID. Al campo del Rey iremos.

ABISAÍ. Osaré morir contigo.

DAVID. Que quiero que seas testigo  
de mi intento.

ABISAÍ. Pues lleguemos.

DAVID. Es menester una espía  
para lograr mi deseo.

ABISAÍ. Soldados tienes, Zaqueo.

Aparécese ZAQUEO en lo alto del monte.

ZAQUEO. Solo a mí me llama el día,  
y ha de salir sin nublado.

DAVID. El temor puedes perder.

ZAQUEO. Ya no tengo que temer;  
que lo temí adelantado.

DAVID. Ven conmigo.

ZAQUEO. ¡Qué ligero  
que lo pronunciáis!

DAVID. En vano  
te excusas.

ZAQUEO. Es que en lo llano  
me espera el sepulturero.

ABISAÍ. Ea, hemos bajado al llano.

ZAQUEO. No es muy llano el bajar yo.

DAVID. Aunque la noche formó  
sombras de silencio vano,  
en cuyos negros tapices  
nuestro horizonte se encubre,  
el pabellón se descubre  
del Rey.

ABISAÍ. Pues, señor, ¿qué dices?

DAVID. Que he de entrar en él advierte;  
que para este grave empeño  
Dios les ha infundido un sueño,  
que parece que la muerte  
descansa en él tan segura,  
que si el sol los alumbrara,

nuestra vista los juzgara  
lienzos de vana pintura.

Postrados en tierra están  
como flores que se hielan  
al cierzo, hasta los que velan.  
El campo todos me dan,  
por divina permisión:  
generoso aliento, llega,  
que el sueño y la sombra ciega  
dan a mi intento ocasión.

Una antorcha está encendida  
en el pabellón Real.  
Saúl duerme.

ABISAÍ. Sea fatal  
noche de su ingrata vida.

Si es tu enemigo mayor,  
que te amenaza y persigue,  
tu seguridad te obligue;  
dale la muerte, señor.

DAVID. ¿Qué dices? ¿Quién te privó  
el seso? Es de Dios ungido  
el Rey, y tú, inadvertido,  
¿quieres que le mate yo?

Si solo porque atrevido  
a su ropa osé cortar  
la orla, para mostrar  
mi inocencia, perseguido  
de su tirana violencia,  
en la mía no hallaré  
abrigo algún tiempo, que  
Dios me ha dado esta sentencia:

¡advierte si ahora osara  
poner la mano ¡ay de mí!  
violenta en el Rey aquí,  
el castigo que esperara!

No pondré violenta mano  
en el ungido de Dios.

ABISAÍ. ¿A qué venimos los dos?

DAVID. No a un hecho tan inhumano;  
ya veo a la cabecera  
su lanza.

ABISAÍ. Pues si me das  
licencia, David, verás...,

DAVID. Si tu labio persevera  
en su ofensa, ¡vive el Cielo...

ABISAÍ. Entra, y tu enojo reprime;  
(¡que las piedades estime

más que su mismo recelo!) Aparte.  
DAVID. Zaqueo se ha de quedar  
fuera, por si algunas guardas...  
ZAQUEO. Con tu ausencia me acobardas.  
ABISAÍ. ¿Pues no sabrás avisar  
si en el peligro nos ves?  
ZAQUEO. Primero, si en él me veo,  
he de avisar a Zaqueo,  
que ponga en cobro los pies.  
ABISAÍ. ¡Que tantas veces te fíes  
de Saúl! ¡Qué gran simpleza!  
DAVID. Yo he de vencer su dureza  
a puras lealtades mías.

Vanse.

ZAQUEO. Pintan al sueño y la muerte  
en todo muy parecidos,  
pues yo soy de los dormidos  
con un gato que despierte.  
Cualquier estruendo importuno  
me da asombros, me da espantos.  
Si todos duermen, de tantos  
¿no podrá roncar alguno?  
Bien pudiérades, Dios mío,  
también hacelles callar;  
pero pienso que el roncar  
entra en el libre albedrío.  
Ningún remedio se aplica,  
porque a estas muertes se ignora,  
al cocodrilo si llora,  
y a la víbora si pica;  
el basilisco mirando,  
fingiendo la voz la hiena,  
engañando la sirena,  
y los soldados roncando.  
Con la voz terrible y bronca  
hablan los que están riñendo;  
¿pero que estando durmiendo  
quieran echarme una ronca?

Dentro ABISAÍ y DAVID.

ABISAÍ. Déjame, Señor.  
DAVID. Detente.  
ABISAÍ. Yo excusaré tu peligro.  
ZAQUEO. Ea, ya despierta el mundo,



y me han de matar a gritos;  
que matar a un hombre a palos,  
ni es novedad, ni es capricho.

Sale ABISAÍ con la lanza, y deteniéndole DAVID.

ABISAÍ. Déjame, David, que tome  
venganza de tu enemigo;  
que con la herida primera,  
de mi heroico aliento fío  
que se excuse la segunda.

DAVID. Para ser grave delito  
basta tu imaginación,  
pues te da traidores bríos;  
muestra, Abisaí, su lanza;  
que esta prueba me permito

Dásela.

para que conozca el mundo,  
pues los cielos ya lo han visto,  
que perseguido le guardo,  
y le perdono ofendido.

Como es tan seco el desierto,  
sin fuente, arroyo, ni río,  
de otros campos traen el agua  
al Rey; que en su tienda vimos  
de agua un pequeño barril.

ABISAÍ. ¿Pues qué intentas?

DAVID. Determino  
que sea la segunda prenda  
que me sirva de testigo,  
que no le maté pudiendo,  
pues le tiene Dios dormido;  
entra, Zaqueo, por él.

ZAQUEO. Eso no está muy bien dicho,  
ni en su lugar, si los tres  
a ser piadosos venimos,  
¿cómo envías por el agua  
a su mayor enemigo?

Que la hará dos mil afrentas,  
permitiendo, vengativo,  
que ande mientras viva en cueros,  
con los pasos mal medidos.

DAVID. Acaba.

ZAQUEO. Vaya en mi ayuda  
el que crió a los judíos.

Vase.

ABISAÍ. Pues, David, si nos volvemos  
antes de ser conocidos,  
¿cómo sabrán que eres tú  
quien pudo en letargo frío  
dar la muerte al Rey?

DAVID. Verás,  
que me descubro y me libro.

Saca ZAQUEO un barril pequeño.

ZAQUEO. Calla, válate el diablo,  
¿quieres que seamos sentidos?

DAVID. ¿Por qué no vienes callando?

ZAQUEO. Ese pleito no es conmigo;  
viene cantando una rana  
en el barril, y el ruido  
nos puede echar a perder.

DAVID. Tus miedos te lo habrán dicho:  
porque aunque en él estuviera,  
es tan breve y corto el sitio,  
que por ser tan poca el agua,  
no cantará.

ZAQUEO. Pues yo he visto  
no a una rana, sino a muchas,  
cantar en medio cuartillo.

DAVID. Subamos al monte ahora.

ZAQUEO. Por ser tan breve el camino,  
iré, si me das licencia,  
al Carmelo.

DAVID. Este servicio  
te premiará tu cuidado.  
Di a Abigail que a los limpios  
albores del sol iré  
(pues son decretos divinos)  
a ser dichoso en sus ojos.

ZAQUEO. La moza lo ha merecido  
porque cuando no tuviera  
más dulce y sabroso hechizo,  
que ser liberal, bastaba  
para casarla conmigo.

Vase.

Suben al monte DAVID y ABISAÍ.

DAVID. ¡Ah, soldados! los que al Rey  
guardáis, ¿cómo en el peligro  
dais al descuido el valor,  
sabiendo que hay enemigos?

Sale ABNER.

ABNER. ¿Quién da voces en el monte?

DAVID. Si eres de los que han tenido  
cuidado de la persona  
del Rey, en verdad te digo  
que mereces graves penas.

Sale SAÚL.

SAÚL. ¿Quién turba el silencio frío  
con vanos acentos, cuando  
descansa el Rey?

DAVID. El mismo  
que pudo matarle dentro  
de su tienda.

SAÚL. ¡O es el oído  
quien se engaña ¡cielos! o esta  
es voz de David! Amigo,  
que me avisas tan piadoso,  
¿eres David?

DAVID. Siervo indigno  
soy tuyo: yo soy David,  
invicto Rey, y te aviso,  
del peligro en que has estado,  
como fuera tu enemigo  
quien te halló durmiendo y solo;  
y serán fieles testigos  
tu lanza y barril del agua,  
que por fe de tu peligro  
tomé de tu misma tienda.

SAÚL. ¡En qué entrañas han cabido  
tantas piedades!, David,  
ya te doy nombre de hijo,  
pues me aguardas, cuando yo  
tan severo te persigo:  
baja a mis brazos.

DAVID. Los cielos,  
en quien mis defensas libro,  
no quieren que yo me fíe  
de tu voz, cuando ya he visto  
experiencias de tu enojo.

SAÚL. Con lealtades me has vencido;  
baja, David.

DAVID. Mis temores  
lo estorban.

SAÚL. Yo soy tu amigo.

DAVID. Tu corazón y tu voz  
son contrapuestos distintos.

SAÚL. ¿No soy tu Rey?

DAVID. Sí, señor.

SAÚL. Pues obedece.

DAVID. ¿Es delito  
la obediencia, cuando el Cielo  
me enseña en ella el peligro?

SAÚL. ¿Pues qué intentas?

DAVID. Huir la muerte,  
desterrado y peregrino.

SAÚL. ¿No es mejor que yo te ampare?

DAVID. Mi guarda a los montes fío.

SAÚL. ¿Por qué?

DAVID. Porque son más firmes.

SAÚL. Solo tu bien solicito.

DAVID. Queda en paz, señor.

SAÚL. Espera.

DAVID. Valedme, peñascos fríos:  
¡ah, Saúl, guardete el Cielo  
de tus fieros enemigos!

SAÚL. ¡Ah, David! Tú reinarás;  
que así el Profeta lo dijo.

Vanse.

Salen el VEJETE y ZAQUEO, cada uno por su parte.

ZAQUEO. Esté en buen hora el Vejete.

VEJETE. Y vos vengáis en mal hora.

ZAQUEO. Esa es intención traidora,  
que está llamando un cachete;  
mas por no desbaratar  
esa estatua hecha de olvidos,  
de los años carcomidos,  
que en ti han venido a parar,  
lo dejaré.

VEJETE. Quien me ultraja  
con voz de tan viejo, miente.

ZAQUEO. Como conserva la gente  
los nísperos entre paja,  
así, por tener seguros  
los siglos pasados, vi

que los guarda el tiempo en ti,  
donde los tiene maduros.

Tu señora ya estará,  
de lo serrano olvidada,  
con galas de desposada.  
VEJETE. ¡Y que el sol la envidiará!,  
que su hermosura le ciega.  
Siendo de David mujer:  
galas de corte han de ser.  
ZAQUEO. Mas ya sale y David llega.

Sale DAVID por una parte y ABIGAIL por otra.

DAVID. Quiere el gran Dios de Israel  
que te elija por esposa,  
y yo esta unión venturosa  
hoy la debo a ti y a él.  
Y haciendo con pecho fiel  
una cuerda distinción,  
acudo en esta ocasión,  
entre amor y reverencia,  
al Cielo con la obediencia,  
y a ti con la estimación.

Viviendo, mísero y necio,  
Naval no me socorrió,  
y muriendo, en ti me dio  
la prenda de mayor precio.  
Trocó en favor el desprecio,  
porque ocasionó en Naval  
la muerte mudanza igual  
que su avaro proceder;  
solo dejando de ser,  
pudiera ser liberal;  
mas ya que a esa dicha llego,  
darme tu mano es razón.

ABIGAIL. Con ella la posesión  
del albedrío te entrego.

Tocan un clarín y caja.

DAVID. Turbó un clarín mi sosiego.

ABIGAIL. Si Saúl te sigue airado...

DAVID. Jonatás de este cuidado  
nos sacará, pues ligero,  
como ve que ya le espero,  
en un caballo ha llegado.

Tocan, y sale JONATÁS a caballo.

JONATÁS. Si con fe de tantos días,  
tu amor, David, merecí,  
suspende ahora por mí  
las festivas alegrías.  
mi padre y yo... ¡ay penas mías!

DAVID. ¿Volvéis a matarme?

JONATÁS. No,  
que mi pesar no llegó  
a ser de tanto desvelo;  
defienda tu vida el Cielo,  
y muera mil veces yo.

Ocupan los filisteos  
los montes de Gelboé,  
y Saúl, que siempre fue  
ambicioso de trofeos,  
marcha con pocos hebreos  
en su busca, y su osadía  
le sigue, que es deuda mía,  
cuando una trágica muerte  
a él y a mí nos advierte  
de Samuel la profecía.

Yo, viendo breves los plazos,  
antes que con noble fe  
la vida al peligro dé,  
vengo a darme a ti los brazos  
y si quedo hecho pedazos  
entre el polvo y el tropel,  
como soy tu amigo fiel,  
al sacarme el corazón  
huirá el bárbaro escuadrón,  
porque tú estarás en él.

DAVID. Pues con oírte me aliento  
a seguirte: esto ha de ser.

ABIGAIL. Pues mi amor ¿no ha de poder  
vencerte?

JONATÁS. Muda de intento.

ABIGAIL. Tu ausencia temo.

JONATÁS. Y yo siento  
tu riesgo.

DAVID. ¡Ah, si mi atención  
pudiera en esta ocasión  
en los dos con fiel empleo,  
ya que divide el deseo,  
partir la demostración!

JONATÁS. Dios, que a los demás te excede,

que no te arriesgues querrá.  
DAVID. Pues solo me detendrá  
pensar que mi intento puede  
ofender a Dios; mas quede  
a solas con él mi fe  
por si alcanzo que me dé  
algún aviso.

JONATÁS. Tu celo  
te obligue.

ABIGAIL. Propicio el Cielo  
a tus aciertos esté.

JONATÁS. Y porque a mi padre sigo,  
amigo, adiós, que ya espero  
que este lance sea el postrero.

DAVID. Iré yo a morir contigo,  
si el Cielo lo quiere, amigo.

Cajas.

JONATÁS. Ya marchan.

DAVID. ¡Alma, llorad!

JONATÁS. Adiós.

DAVID. De tu verde edad  
se duela.

JONATÁS. ¡Aquí es el valor!

DAVID. ¡Qué tristeza!

JONATÁS. ¡Qué dolor!

ABIGAIL. ¡Y qué ejemplo de amistad!

Vanse, y queda DAVID solo de rodillas.

DAVID. Señor, de la indignación  
de Saúl no me aseguro;  
que no hay buril contra el duro  
bronce de su obstinación.

Y entre los daños impíos  
que temo, me aflige más  
el riesgo de Jonatás,  
que no los trabajos míos.

Guiadme porque le defienda,  
si conviene, en trance igual,  
y esa antorcha celestial  
salga a enseñarme la senda.

Aunque es humilde y pequeño  
mi ruego, habrále escuchado  
el Cielo, pues ha tomado  
ya por intérprete el sueño.

Recuéstase a dormir, y aparecen dos ángeles en lo alto, que van bajando, cantando estas coplas, hasta abajo, donde está un altar que, cubierto con una nube, tiene una imagen de Nuestra Señora y del Niño Jesús debajo de ella, y en llegando al altar sube todo arriba, quedando DAVID por tronco del árbol, de donde van subiendo los ángeles y el altar hasta lo alto.

ÁNGEL 1.º David, prevénte a las dichas,  
pues con repetidas glorias,  
forma de felicidades  
desde hoy tus trabajos toman.

ÁNGEL 2.º Que te reserves del riesgo  
quiere Dios, ya que te nombra  
por basa fundamental  
de fábricas misteriosas.

ÁNGEL 1.º Serás el fértil terreno  
que brote en distinta copia  
flores bellas, con que el cielo  
un ramillete componga.

ÁNGEL 2.º María, pura azucena,  
abrirá cándidas hojas;  
y Jesús, clavel divino,  
teñido en su sangre propia.

LOS DOS. Y la tierra, con voz de aplauso heroica,  
y el cielo a un mismo tiempo  
con música sonora,  
den el cetro a David. y a Dios la gloria.

Cúbrese con música y levántese DAVID.

DAVID. Lo que a mis padres Jacob  
y Abraham, con prodigiosas  
señales distes a entender,  
segunda vez me lo informas:  
señor, tu grandeza alabo;

Cajas.

pero ya las cajas roncadas,  
aunque lejos, dan aviso,  
de que se embisten las tropas.  
Dios manda que no me arriesgue,  
y así es fuerza que no rompa  
sus preceptos, aunque veo  
que esta obediencia es costosa,  
pues no ayudo a Jonatás.  
Pero mucho más me importa



guardar el orden del Cielo:  
voy a juntar, aunque es poca,  
mi gente, y ya que no puedo  
ir a entrar en la remota  
batalla, estaré a la mira,  
por si la ley rigurosa  
que contra Israel pronuncia,  
piadoso Dios la deroga.

Arma.

Vase, y vuelven a tocar, y sale ABNER con la espada desnuda.

ABNER. Ya los filisteos vencen,  
y con miserable rota  
el pueblo de Dios padece  
crueldades que el rigor forma.  
Cayó el Rey del carro, y como  
sangriento espín de copiosas  
flechas cubierto, sañado  
se revuelve entre las tropas.  
Subiré a la cumbre, adonde  
él y Jonatás ahora  
llegan; que el morir con ellos  
en mí es deuda, y no lisonja.

Éntrase ABNER, y tocan, y bajan despeñándose hasta el tablado SAÚL y JONATÁS, con flechas en las rodela sangrientas.

SAÚL. Filisteos, ya os vengasteis  
de Saúl.

JONATÁS. ¡Qué bien se logran,  
Samuel santo, tus avisos!

SAÚL. ¡Ah, David, veráste ahora  
seguro de tu peligro!

¡Que sus piedades esconda

Dios para el Rey de Israel!

¿Dónde sus misericordias

están? Mas pues me las niega,

con voces que el aire rompan,

quiero quejarme del Cielo.

JONATÁS. ¿Quién es el que al Cielo enoja?

SAÚL. ¡Hijo!

JONATÁS. Señor.

SAÚL. ¡Otra pena!

¡El divino brazo toma

también en ti la venganza!

Si el delito no te toca,

¿cómo te ha comprendido  
a ti la ley rigurosa?

JONATÁS. Justo es el Juez, y será  
culparle imprudencia loca.

SAÚL. Porque en las últimas ansias,  
que por puntos nos congojan,  
los dos acabemos juntos,  
aunque mortales lo estorban  
las heridas, uno a otro  
nos acerquemos.

JONATÁS.            Ahora  
llegaré arrastrando a darte  
los brazos.

SAÚL.    Los míos toma;  
aunque es el dolor de verte  
la flecha más venenosa,  
que ha llegado a concluir  
lo que empezaron las otras:  
Jonatás, yo muero.

JONATÁS.            Y yo  
entre mortales congojas  
de ti me aparto.

Vase cayendo.

SAÚL.            Detén  
sentencia tan rigurosa,  
muerte, pues poco te cuesta,  
dilata mi vida un hora,  
hasta que mate a David.  
No le permitas la gloria  
de que viva, pues yo muero;  
¿no quieres? Pues poco importa;  
que en sabiendo que yo he muerto,  
le ha de matar mi memoria.

Dentro soldados.

SOLDADO 1.º ¡Ea, soldados, huyamos  
todos al Cedrón!

SOLDADO 2.º            ¡Victoria!

Entra cayendo SAÚL, y salen todos.

DAVID. A ese que me trae alegre  
el aviso de que rotas  
las escuadras de Israel

quedaban, y la persona  
de Saúl luchando ya  
con la muerte y la congoja,  
cuelguen de un tronco.

ZAQUEO.                   ¿Así premias

el venir con presurosa  
diligencia, y darte nuevas,  
creyendo hacerte lisonja,  
del peligro en que se halla  
tu enemigo?

DAVID.    Más me enoja  
que me sirve: ejecutad  
el castigo.

ZAQUEO.    Ya le ahorcan:  
mensajero sois, amigo,  
mas con albricias de sogas.

DAVID. Las desdichas de su Rey  
las juzga David por propias.

Sale ABNER.

ABNER. Librarme ha querido el cielo,  
porque puesto a tus heroicas  
plantas, del triste suceso  
te informe.

DAVID.    Ya llega ociosa  
tu noticia: ¿murió el Rey?

ABNER. Y con él, en edad corta,  
Jonatás, tu grande amigo.

DAVID. Eso entristece mis glorias:  
montañas de Gelboé,  
que de aquesta lastimosa  
tragedia fuisteis teatro,  
jamás caiga en vuestras rocas,  
m la lluvia de las nubes,  
m el rocío de la aurora.

ABNER. Con los despojos huyeron  
los filisteos, y todas  
las reliquias de las tribus  
que quedaron, se conforman  
en marchar hacia el Cedrón,  
donde con aplauso y pompa  
te están, David, aguardando  
para darte la corona.

ABISAÍ. Ya que su palabra cumple  
Dios, es bien te dispongas  
a obedecerle.

DAVID.        Marchemos.  
                 al Cedrón.

ABISAÍ.      Hoy te coronan  
                 tus méritos.

TODOS.      ¡David viva,  
                 Rey de Judá!

DAVID.        Y aquí ponga  
                 fin a las persecuciones  
                 de David su heroica historia,  
                 y solicite el perdón  
                 el asunto de sus glorias.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

